

BIBLIOTECA UNIVERSAL.

COLECCION

DE LOS

MEJORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS,
NACIONALES Y EXTRANJEROS.

TOMO XXXII.

LAS CUATRO ÉPOCAS

(SOULIÉ).

TOMO SEGUNDO.

LOS GALOS.

MADRID.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,
calle de Leganitos, 18, 2.

1877.

SEGUNDA ÉPOCA.

LOS GALOS.

I.

En la suave pendiente de una fértil colina que se extinguía en las frondosas márgenes y bajo las tranquilas y doradas ondas del Ariège (1), se asentaba una deliciosa quinta de recreo. Las empalizadas y paseos de su huerto y jardines veíanse trazados con arte y esmero; los árboles, inteligentemente castrados de todas sus parásitas ramas, se hallaban cargados de frutas, aclimatadas entónces y desconocidas ántes en aquella comarca; y por entre el espeso, verde y reluciente follaje de los

(1) Río de Francia que da su nombre al departamento que baña: nace en los Pirineos; pasa por Foix y por Pamiers, y es tributario del Garona. Los romanos le llamaron *Aurigera* porque arrastraba arenas de oro.

(N. del T.)

Madrid, 1877.—IMP., EST. Y CALV. DE ARIBAU Y C^o.

SUCESORES DE RIVADENEIRA

IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.,

calle del Duque de Osuna, número 3.

perales y manzanos, suspendía también la vida sus ya maduros racimos.

Eran los primeros días del mes de Septiembre, y un bello y hermoso sol de otoño iluminaba con sus amarillentos rayos aquella poderosa vegetación, y hacía destacar sobre el fondo variado de tanta frondosidad y verdura los perfiles de un blanco edificio con peristilo y elegante pórtico, cuya techumbre, de pulidos y esmaltados mármoles, brillaba como una colosal armadura de bruñido acero.

Habían pasado los ardores del medio día, y ya el astro rey, inclinándose hacia el horizonte, prolongaba poco á poco sobre la tierra las sombras de los copudos árboles, cuando un anciano salió de aquella morada. Fiel imagen y vivo recuerdo de otros tiempos más lejanos, vestía un largo túnico ceñido con un ancho cinturón de cuero, y multitud de correillas, entrelazadas sobre sus piernas, le sujetaban el calzado y las polainas, llevando al costado, pendiente de doble cadena de hierro, una enorme espada. El sello de una santa vejez se retrataba en el aspecto y en la fisonomía de aquel hombre: la edad, que había encanecido su barba y sus cabellos, dándoles la blancura de la nieve, no había encorvado aún su cuerpo: marchaba con la frente elevada, y dirigiendo, al parecer,

la vista al cielo, sin que sus pasos acusasen falta de vigor, pero sí una gran desconfianza y hesitación. Con las manos extendidas, para evitar cualquier obstáculo que se opusiese á su camino, llegó al extremo de las gradas de piedra, sobre las cuales se alzaba el edificio, y faltando el terreno bajo sus pies, vaciló, se inclinó hacia delante, y cayó con toda la pesantez de su cuerpo, dando rudo golpe contra los anchos escalones.

Porque aquel anciano era ciego.

Ni una queja, ni un grito siquiera escapó de su garganta; pero el acero de su espada retumbó con siniestra vibración sobre las baldosas, y este ruido atrajo prontamente á dos jóvenes, que aparecieron alarmadas en el umbral del pórtico. La una, que era de elevada estatura, de bella y hermosa presencia y de cabellos rubios, vestía una blanca túnica, y al ver en tierra al anciano, sólo hizo un gesto de impaciencia; la otra, de mediana estatura, de tez morena, de ardiente mirada y de negros cabellos, se precipitó sobre él, y procuró ayudarle á levantarse. En el primer momento el anciano demostró con sus ademanes el propósito de rechazar secamente aquel auxilio; pero luego que la joven pronunció algunas palabras, modificóse su actitud, y la dijo con dulzura:

— ¡Ah! ¿Eres tú, Dionea? (1) Figúrese oír los pasos de Cesonia...

— ¿Y por qué al querer salir, venerable Carrin, no me has llamado para que guíase tus pasos, como lo haces otras veces?

— Por que no soy tu dueño, Dionea. Tú eres la esclava de la hija de mi hijo, y yo no quiero disponer de lo que pertenece á otro. Demas de esto, que podria tu señora tener tal vez necesidad de tus servicios para el arreglo y perfume de sus cabellos, segun lo acostumbran hacer las mujeres de estos tiempos, y hubiera sido causarla un gran pesar el distraerte y separarte un solo momento de los quehaceres de su tocado.

Cesonia, al oír la expresion irónica del anciano, volvió á manifestar su disgusto con otro gesto de mal humor, y se disponia á contestarle; pero Dionea le indicó por señas que no hablase, y dirigiéndose á Carrin, le dijo:

— Vamos; ¿quieres aceptar mi ayuda para levantarte?

— No, Dionea; me encuentro bien en esta posicion: tendido ahora sobre la tierra, puedo considerar que pronto deberé estarlo bajo ella.

— ¿Estás triste, Carrin?

(1) Sobrenombre de Venus.

— ¡No, ciertamente! ¿Qué motivos tengo, ni por qué he de estarlo? ¿Acaso mi vejez no se ve rodeada de los esmeros y cuidados que los hijos deben á un padre? ¿Por ventura no están siempre los míos cerca de mí, para sostener y guiar mis pasos cuando camino y para levantarme si tropiezo y caigo?

Carrin hizo entónces un esfuerzo por sí solo para ponerse de pié; pero falto de agilidad y vigor, no pudo conseguirlo, y movió tristemente la cabeza en señal de abatimiento. Cesonia, al observarlo, no pudo permanecer por más tiempo impasible, y acercándose resuelta y diligentemente al anciano, exclamó:

— ¡Dioses inmortales! ¿Estarás herido? Al oír aquella voz, nublóse la fisonomía de Carrin, que, pálido y alterado, dijo á Cesonia con duro acento:

— Todavía no es mi herida tan profunda como para que puedas prometerme que por ella se me escape la vida.

— Carrin, eres por todo extremo injusto, y tus palabras son duras é inhumanas.

— Aun son más duros los mármoles de las gradas de esta mansion, que tú y tu padre me obligais á habitar.

— No cesas un punto de zaherirme con tus injustificadas acusaciones, y sin embargo debieras considerar que no hago

otra cosa sino prestar obediencia á la voluntad y á los mandatos de mi padre.

— Eso me prueba tambien que él es bastante más afortunado que yo, puesto que tiene una hija tan obediente.

— Pues tambien con él eres injusto: mi padre, como yo, te obedece y respeta. Dinos lo que tu voluntad quiere, y te demostraremos nuestro amor, nuestra diligencia y nuestra sumision.

— Lo que yo quiero bien lo sabeis tú y tu padre: lo que yo quiero es huir lejos de esta morada, cuya techumbre gravita con toda su pesantez sobre mi cabeza, cuyas paredes y espesos muros dejan á mi pecho un espacio reducido y estrecho donde apenas puedo respirar, y donde se encuentra aprisionada mi libertad. Estais en un lamentable error si me tomais por uno de esos modernos y nobles galos á quienes seduce la novedad, y que olvidan hasta el idioma de su país, para modular la voz con la dulce entonacion del canto griego, ó con la suave melodía del habla romana. Yo soy un pobre soldado de la montaña, que jamas he sabido hacer otra cosa sino combatir, y que opina que el hombre no debe saber más que eso. El pan de toda mi vida lo he encontrado siempre en la punta de mi espada, y mi hijo ha ganado sus riquezas de otra manera más reposada

y tranquila: que viva, pues, del mismo modo que se ha enriquecido; pero en cuanto á mi, lo que deseo es abandonar estos parajes, donde hasta los frutos son dulces y delicados, como esos extranjeros que os los han importado de la Grecia: quiero alejarme de esta comarca, porque la habeis despojado tambien de sus vírgenes selvas, talando sus hermosos y frondosos bosques que constituian nuestra salvaje defensa, no sólo contra nuestros enemigos, sino contra los ardores del sol; así como los hombres que la habitan se han despojado ellos mismos del inexpugnable escudo contra el cual se estrellaban los dardos y las flechas mejor dirigidos. Aquí no tengo donde reposar á la sombra, ni encuentro un asilo que defienda mis oidos constantemente perseguidos y atormentados con el acento de esas voces extranjeras, cuyo lenguaje no entiendo, ni quiero entender. ¡Ah! Creo sorprender, á traves de la oscuridad de mis ojos, la risa irónica que deberá asomar á tus labios, Cesonia, al escuchar mis palabras: soy ciego; pero descubro con la vista del alma que tu semblante arroja una desdeñosa sonrisa sobre tu abuelo. Te mofas de este anciano y le ridiculizas, porque desprecia todo eso que tú tanto estimas, porque detesta esas viles ocupaciones que ahora consumen la exis-

tencia de estos hombres; porque el esmero de cultivar las flores, de podar una vid, y de tejer ó teñir una tela, lo considera como ocupacion indigna del brazo que puede manejar una espada!... Pues bien, niña,—añadió con grave entonacion;— procura contener por hoy tus burlas: mañana podrás reir sin reservas, porque yo no permaneceré aquí ni un día más.

—¿Y adonde quereis ir, padre mio? Considerad que cada paso que diéreis será un riesgo y un peligro para vos.

—¿Te imaginas acaso que al caer sobre la tierra de nuestros campos lo haria yo con más daño que sobre las baldosas de esta escalinata? Antaño nuestras moradas tenian sus salidas francas y expeditas, sin estos inconvenientes ocasionados al tropiezo de sus dueños; y á ellas podía tambien aproximarse el viajero á pedir hospitalidad, colocándose al nivel de aquel que debia otorgársela. Así se corrompen en todo las costumbres, y hoy la hospitalidad no es ya un deber, sino una merced que los señores de estos palacios obligan á que se les implore desde abajo para negarla desde arriba. A medida que se amengua la dignidad de los hombres, elevan éstos la construccion y arquitectura de sus viviendas, pretendiendo parecer grandes porque se colocan en alto: tambien vemos hoy

puertas de macizos y fuertes maderos allí donde ántes la buena fe y la moralidad pública eran la sola garantía y la salvaguardia de nuestros domicilios: los fundos y propiedades necesitan de ancha zanja que señale sus linderos: cercáis vuestros jardines con setos ó vallados, y cerráis vuestras ciudades con círculos de inaccesibles murallas... ¡Ah! ¡Estos son ya demasiados obstáculos para el que, como yo, ha caminado en otros tiempos á traves de todo el país, sin que ningun signo de extraña dominacion detuviera mis pasos, ni me advirtiese que no tenia derecho á dirigirlos segun mi voluntad. Lo repito: mañana mismo me alejaré de estos lugares. Todavía existen en las guaridas de los montes Pirineos, en los bosques del lado allá del Garona, en las comarcas donde gobierna Bituit, nuestro rey, no nuestro dueño, como lo es aquí el soldado romano, todavía existen, digo, verdaderos hijos de las Gálias, entre los cuales no seré tan extranjero como lo soy entre los de mi propia familia. Allí es, pues, adonde quiero marchar.

— Pues bien; — dijo Cesonia. — Cuando mi padre regrese esta tarde de su casa de Tolosa lo sabrá todo y hará cuanto sea conveniente y posible para complaceros.

— Es verdad, Cesonia, — exclamó el vie-

jo con irónico acento. — Había olvidado ya, y tú me lo recuerdas, que tu buen padre tiene dos moradas y que, sin embargo, no ha sabido ó no ha querido proporcionar á este pobre anciano un asilo adecuado á sus costumbres y á sus gustos. Nuestros abuelos no poseían más que una mansión, de la cual eran verdaderos y legítimos señores, y siempre tenía cabida en ella toda la familia, por muy numerosa que ésta fuese: ahora nuestros hijos tienen la ilusión de poseer varias moradas, aunque en realidad están todas ellas bajo la dominación y el poder de ese insolente extranjero que los manda como á esclavos.

— Padre mio, — insistió Cesonia con marcada expresión de interés, — Léntulo os respeta y...

— ¡Ah, Cesonia! — exclamó Carrin interrumpiendo á la jóven. — Tienes tan poseído tu pensamiento con el recuerdo de ese romano, que desde luego has comprendido perfectamente que á él era á quien yo había querido aludir.

Cesonia guardó silencio, no por temor á las amonestaciones del anciano, sino porque las últimas palabras de Carrin le habían hecho advertir que, en efecto, se encontraba su espíritu vivamente impresionado de una pasión veheméntísima. No obstante, después de algunos momentos

insistió de nuevo la jóven en sus atenciones, dando á sus frases toda la expresión de dulzura que le fué posible, para no exasperar más la feroz susceptibilidad del viejo galo:

— Aceptad, — le dijo — el apoyo de Diónea y el mio, para levantaros, y nosotras os conduciremos á donde sea de vuestro agrado, bajo la sombra de algún árbol, ó á cualquiera otro sitio donde podáis cómodamente reposar.

— Repito que me encuentro bien aquí. Voy á colocarme sobre el último escalón de esta grada, á través del umbral, para que cuando regrese mi hijo me encuentre á su paso; para que no pueda penetrar en su casa sin dejar de verme; para que no pueda evadirse de mí, ni evitar mi presencia, como lo hace desde algún tiempo á esta parte: es indispensable que hoy me escuche. En cuanto á tí, si esto es un obstáculo que te impida salir ó entrar, aguarda hasta mañana: concede un solo día de paciencia en obsequio á tu abuelo, á quien muy pocos le restan de vida, cuando á tí te quedan tantos y tantos que dedicar á los placeres.

Al oír estos propósitos se dibujó en el semblante de Cesonia una marcada expresión de contrariedad, y significó por señas á la jóven esclava griega que la presencia

El anciano en aquel sitio era un obstáculo imprevisto y gravísimo para sus proyectos. Dionea la tranquilizó asegurándole y prometiéndole á su vez, también por señas, que alejaría aquel inconveniente, y Cesonia entónces se retiró á su estancia.

El anciano se puso de pié y fué, segun habia manifestado, á colocarse sobre el último escalon del peristilo, adoptando una posicion transversal en el umbral, de modo que nadie pudiese salir ni entrar en la morada sin tropezar con su cuerpo. Al lado de Carrin y á sus piés sentóse la esclava griega contemplándolo largo rato con indecible expresion de interes. Impulsada Dionea por un extraño sentimiento, queria descubrir en la fisonomía del anciano lo que habia debido ser la fisonomía del jóven: su imaginacion y fantasía procuraba devolver su primitivo color á aquellos blancos cabellos, su ardiente mirada á aquellos ojos muertos, su juvenil brillo á aquellas descoloridas mejillas, y su arrogante fiereza y gallarda apostura á aquel cuerpo vencido y demacrado. Así como la mente del artista que al contemplar unas ruinas les da nuevamente su antigua forma y se identifica con todos los recuerdos que evocan, Dionea se dejó llevar por el poder de su fantástica imaginacion que operaba el rejuvenecimiento de aquel an-

ciano, y en un arranque de su entusiasmo oprimió con sus manos las rodillas de Carrin, y con voz poco ménos que exaltada exclamó:

—Tu has debido ser un valiente y noble guerrero en tu juventud.

Sorprendido el viejo galo, volvió la cabeza hácia la esclava, como si hubiera podido mirarla, y le respondió:

—En otros tiempos mis oidos han escuchado con frecuencia que me llamaban así, jóven extranjera, y ciertamente que entónces era eso un alto honor, porque semejantes elogios y tan distinguidos títulos no se otorgaban sino al hombre que los habia merecido. Pero, niña, ¿quieres explicarme por qué me dices eso?

—Porque en estos lugares únicamente tu eres, Carrin, quien me hace comprender y me da explicacion de cómo los antiguos pobladores de vuestras comarcas pudieron atravesar tantos países y vencer á tantas naciones, hasta invadir el suelo de mi patria y sembrar allí la desolacion y el espanto.

—Lo que hablas, jóven esclava, me causa extraordinaria sorpresa. Puede decirse que apenas si sales de la infancia y ya tienes noticias de la historia de nuestro pueblo, que yo no he podido adquirir, sin embargo de haber vivido seis veces tu edad.

— Dime, noble galo, ¿tus antepasados han permanecido constantemente en estas comarcas? ¿Han esperado aquí siempre que la guerra venga á buscarlos? ¿No han sido ellos los que la llevaron más de una vez á remotas y apartadas regiones?

El anciano, despues de un momento de silencio en que pareció haber estado reconcentrando sus recuerdos, dijo:

— Si; allá en una época de la cual apenas se guarda memoria entre nosotros, dicen que nuestros antepasados fueron el terror del mundo. Recuerdo en este instante que cuando yo tenía tu edad lo oí decir á un viejo druida, que era entonces tan anciano como yo lo soy ahora, y aquel sacerdote añadía que para él era también el recuerdo de una tradición y de un relato que había escuchado en su niñez. Hombre ninguno podría fijar los años que han trascurrido desde aquellos sucesos.

— Te equivocas; — dijo Dionea — apenas se cuentan cuarenta olimpiadas (1) desde que bajo la conducta y mando de

(1) La olimpiada era un periodo de cuatro años, en el primero de los cuales celebraban los antiguos griegos ciertos festejos en las inmediaciones de la ciudad de Olimpia y desde entonces notaban las fechas de los sucesos por olimpiadas. Llámense aquellos tiempos Era de las olimpiadas, que empezó 746 años antes de Jesucristo.
(N. del T.)

Belgio y de Brenno (1), invadieron los galos

(1) *Belgius et Brennus* son los nombres con que designaron los griegos y los romanos á los capitanes de dos ejércitos de galos que invadieron la Italia y la Grecia. Uno de ellos lo verificó 588 años antes de Jesucristo, dirigiéndose á los romanos junto al río Allia y tomando é incendiando á Roma; el otro lo hizo 278 años antes de Jesucristo, llegando hasta las Termópilas, que es un desfiladero formado por el monte Oeta y el mar, que cerraba la entrada de la Grecia propiamente dicha por el lado de la Tesalia; pero fueron completamente dispersos y exterminados en las cercanías de Delfos. Véanse los detalles históricos que se tienen de ambos sucesos.

Dos siglos despues de las primeras expediciones de los galos, tuvo lugar la de los senonenses (originarios del Yonne y del Aube), mandados por Brenno, cuyas correrías son las más nombradas de cuantas ejecutaron los pueblos de las Galias, por los peligros que con ellas amenazaron á la naciente fortuna de Roma. Atraídos los soldados de Brenno por la fama de los vinos y de los productos del país, cuyos conocimientos adquirieron con los regalos que les hizo un toscano llamado Arnus, pasaron el Tíbicon y pretendieron establecerse en la Etruria poniendo sitio á Clusio (Chusi), la capital del rey Porsena. Los habitantes llamaron á los romanos, que se presentaron en ademan de mediadores, enviando á los galos tres embajadores conocidos por los tres Fabios, descendientes de aquella noble familia de los Fabios que cerca de un siglo antes había levantado por sí sola un pequeño ejército contra los Veyos (ciudad de Etruria á orillas del Tiber), cuyas fuerzas se sacrificaron por Roma pereciendo todos en una emboscada, casi al mismo tiempo, de igual modo y en el propio número que los 500 espartanos de Leonidas se sacrificaban por Grecia en las Termópilas por detener á los Persas. De mediadores se convirtieron los Fabios en auxiliares, batieron á los galos y á un uno de ellos mató por su propia mano á otro de los capitanes de Brenno. Irritado éste, pide al senado de Roma el castigo de los culpables antes de pensar en tomarse la justicia por sí mismo, cuya prudencia, por no ser de esperar en un jefe de bárbaros, no fué ciertamente apreciada por los romanos cual debió serlo, y en vez de atender las reclamaciones de Brenno pusieron á los tres Fabios en el número de sus magistrados premiando así aquel acto

la Grecia y amenazaron de total ruina á la

de violencia. Al tener noticia los galos de tamaño insulto levantan precipitadamente el cerco de Clusio y marchan indignados contra Roma, sedientos de sangre y de venganza, y penetran por asalto en su recinto. Los romanos aterrados se encerraron en el Capitolio, y Brenno, dueño de la ciudad, la incendió y saqueo despues de haber degollado á los ancianos, á las mujeres y á los niños que no habian tenido tiempo para huir de ella.

La caída de los galos sobre Grecia tuvo otras razones. Contenidos cada vez más los esfuerzos de los celtas por el siempre creciente poder de los romanos, se dirigieron contra otros pueblos y naciones menos fuertes, y se cree que entonces fué cuando tuvo lugar la invasion de Belgio y del segundo Brenno en la Macedonia y en la Grecia. En tiempos de Alejandro (320 años antes de J. C.), ya tenian los galos algunos establecimientos cerca de estos reinos y se pusieron á sueldo de aquel gran general, dándole aquella respuesta celebre de *que no tenían á nada ni á nadie más que á la caída del cielo*. A la muerte de dicho príncipe, los que ocupaban la Iliria hasta las fronteras de la Tracia, se alistaron bajo las banderas de Antígono el Ciclope; pero muerto éste en la memorable batalla de Ipsos, empezaron los galos á extenderse por el Asia. Veinte años despues y en la misma época de la guerra de Pirro con los romanos (280 años antes de J. C.), atravesando Belgio la Panonia y la Iliria se arrojó con sus tropas sobre la Macedonia, siendo inútiles los esfuerzos heroicos que para evitarlo hicieron, primero, Tolomeo Ceranno, hermano de Tolomeo Filadelfo rey de Egipto, y luego Sosthene; pero esta irrupcion, llevada á cabo sin plan ni concierto, no tuvo más resultados que el pillaje y la devastacion, viniendo por ultimo á parar en las sangrientas derrotas de los soldados de Belgio vencidos por los de Antígono Gonatis, nieto de Antígono el Ciclope. Empero Brenno, que se habia separado de Belgio, despues de la entrada de ambos en la Macedonia, atravesó con sus huestes el paso de las Termopilas, á pesar de la resistencia que le opuso el atenense Calipo, y paseó sus estragos por toda la Grecia, hasta que no encontrando ya riquezas ni botín, formó el atrevido y último proyecto de apoderarse de los inmensos tesoros que, desde tantos siglos atras, acumulaba incesantemente el fanatismo de los pueblos en el templo de Delfos; pero habiendo dado

poderosa Delfos, la rica y bella ciudad de Apolo (1).

—¿Has dicho cuarenta olimpiadas?— preguntó Carrin.

— Sí, ciertamente, — dijo Dionea.

—¿Y cuántos años es eso?

—Tantos como el doble de los de tu vida.

Carrin pareció quedar asombrado, y volvió á preguntar:

—¿Y cómo has podido tú saber eso?

— Muy fácilmente, anciano: yo he nacido en Delfos, y he tenido ocasion de leer muchas veces en el templo de Apolo la inscripcion de la estatua de Aleximaco, que fué muerto en una de aquellas sangrientas jornadas. Esa inscripcion conmemora tan terrible suceso, y es al mismo tiempo un testimonio eterno de gratitud á los dioses inmortales por haber concedido á la patria la señalada merced de que los ejércitos de la Grecia pudieran exterminar á sus enemigos y librar á la ciudad de la

tiempo á los habitantes de la ciudad para que se fortificasen y se preparasen á la defensa, fueron derrotados completamente y arrojados al Helesponto, de cuyas orillas, sin embargo, se apoderaron los galos estableciéndose en aquellas comarcas. (N. del T.)

(1) Entre los suntuosos y magníficos templos que la antigüedad ha conocido y confesado por uno de los más famosos del mundo, dice el Padre Fray Baltasar de Victoria que lo fué el de Delfos, consagrado á Apolo, de donde vino el que se le llamase á este dios Apolo bélico,

horrenda tempestad que la amenazaba (1).

— Ciertamente deliras, — dijo Carrin á Dionea con el acento de la duda y con el desden de la ignorancia, — si te imaginas que la vejez me trastorna y debilita hasta el punto de volverme á la cándida credulidad de la infancia. ¿Cómo es posible que se hayan conservado esos recuerdos y esos detalles en tu país, cuando aquí en el nuestro no existen ni se conocen?

— Pues yo te añadiré que no solamente se consignan en los monumentos de nuestros templos, si que tambien nuestra historia positiva nos lo enseña. Así es que cuando hace pocos instantes yo te contemplaba y me imaginaba lo que has debido ser en tu juventud, vino á mi memoria como un asalto el texto fiel de la descripción que uno de nuestros más famosos y exactos historiadores ha dejado escrita para re-

nombre el más frecuentemente usado entre los poetas; y Zexes dice que el opulento Creso, rey de Lidia, donó para la edificación de aquel templo mil ladrillos de oro. Fué la ciudad de Delfos una de las mayores de todo el reino de Beocia, cerca del monte Parnaso, consagrado tambien á Apolo; y llamóse así de un hijo del mismo Apolo ó de Neptuno nombrado Delpho. Los griegos creían que Delfos era el punto céntrico de la tierra y concurrían á ella las gentes de todo el mundo para oír las respuestas del oráculo del templo, como lo dice San Agustín y Luciano. (N. del T.)

(1) Los griegos pretendían que los dioses habían tomado personalmente parte en aquella lucha, peleando en favor de los de Delfos. (N. del T.)

tratar á este pueblo terrible, diciendo aquel autor que era tan considerable el número de sus soldados como el de las arenas del mar; que marchaban á la pelea entonando los himnos de sus proezas y lanzando tan tremendos gritos, que ponían el espanto y el terror en el ánimo de sus enemigos; que combatían con el cuerpo desnudo hasta la cintura, blandiendo enormes machetes ó armados de temibles dardos, y llevando un colosal escudo que les cubría por completo, y sobre el cual vadeaban los ríos; que tenían una estatura elevada; que eran blancos, de ojos azules, de barba poblada, y con rubias y largas cabelleras que les llegaban á las espaldas.

Atento el anciano, escuchaba con avidez la elocuente y exacta pintura que relataba Dionea, y como si cada palabra de la griega esclava le fuese despertando un vago recuerdo y una dormida reminiscencia, su fisonomía se fué animando poco á poco, hasta que por último, exaltado y dominado por el gozo, exclamó:

— ¡Sí, sí, Dionea! Así eran los hombres de mi país ántes que los griegos de Marsella (1) los hubiesen infestado con la cor-

(1) Tito Livio, célebre historiador romano, supone que la fundación de Marsella por algunos habitantes de la Fócida coincidió con la primera excursión de los galos en Italia, y según dice Solín, historiador que floreció á

ruplicion del lujo y el sentimiento de la servidumbre. ¡ Ah!... Si hubiesen continuado siendo los mismos y rindiendo culto á su religion y á sus costumbres, no hubieran penetrado los romanos en el corazon de nuestras comarcas; pero despues de haber sido vencido nuestro último rey Bituit por Máximo, y despues de haber seguido á éste sobre su carro de plata en la fiesta que llamaron el Triunfo del Procónsul, ¡ ah! despues de esto ya no queda más que el recuerdo de aquellos valientes guerreros y el nombre de aquellos feroces galos.

En aquel momento la jóven esclava opri-

principios de la Era Cristiana, la fundacion de Marsella fué en el primer año de la xxxv Olimpiada, ó sea el 599 antes de Jesucristo, y por consiguiente, sesenta años anterior á la ruina de Fócida por Harpago, general de Ciro, en el intervalo que trascurrió entre la derrota de Creso, rey de Lidia, por Ciro, y la toma de Babilonia, por el mismo conquistador. No queriendo los focenses sufrir el yugo de los medos, fueron á refugiarse primero á la isla de Córcega, donde veinte años antes habian fundado una colonia, y luégo á la Calabria, donde fundaron á Hvele. Esta doble expedicion de los habitantes de la Fócida ha motivado sin duda el error de algunos historiadores que atribuyen á la fundacion de Marsella la misma fecha que á la ruina de Fócida.

El nombre de Ciro y los sesenta años de anterioridad nos llevan á los tiempos de Nabucodonosor, á los del último rey de Judea, á los de la ruina del primer templo de Jerusalem, á los de las leyes que promulgaba Solon en Atenas, y á los de la fundacion del Capitolio de Roma por Tarquino Prisco.

Marsella ha correspondido siempre á tan noble abolen- go; fué rival de Cartago y de Tiro por su comercio, y hoy cuenta 120.000 habitantes. (N. del T.)

mia con emocion las rodillas del anciano, y olvidando en su entusiasmo qué hablaba á un pobre ciego, exclamó:

— ¡ No, Carrin; mira, mira! Roma no los aniquiló todos.

Y con el dedo señalaba la presencia de un guerrero semejante en un todo á los que acababa de retratar, con su enorme espada, su colosal escudo, su rubia cabellera, sus ojos azules, y todo aquel aspecto montaraz, bárbaro y feroz que habia sido por tanto tiempo el arreo más invencible de aquel pueblo indomable y salvaje. Además llevaba aquel soldado alrededor del cuello una argolla de hierro brillante como el acero más bruñido, á causa del ludi- miento producido por el uso, pudiéndose juzgar por este indicio que el guerrero llevaba aquel singular adorno desde una larga fecha.

El extranjero se fué acercando lentamente, y dirigiendo su mirada sombría á Dionea, que temblaba al contemplar su aspecto, la dijo con voz pausada y triste:

— ¿ Has dicho Roma?... ¡ Roma! ¿ Ese nombre es conocido también en vuestras comarcas? ¿ En los lugares donde el sol nace, y en aquellos otros donde se oculta, le he de encontrar siempre como un enemigo irreconciliable que me persigue á traves de la inmensidad de los mares y de la tierra?

¿Ese nombre abate, pues, el valor de los pueblos por todos los confines del universo?

Carrin escuchaba aquella voz con singular y creciente asombro, y la esclava respondió:

— Por doquier que exista una tierra que conquistar ó riquezas y tesoros que sirvan de estímulo al pillaje y al saqueo, escucharás el nombre de Roma.

— ¿Quién eres tú, — dijo Carrin, — que traes á estos lugares nuevas maldiciones contra Roma, y qué es lo que buscas en este país?

— Busco aquí lo que he buscado en otras naciones, y lo que no encuentro en ninguna parte: hombres que defiendan nuestra patria.

— ¿Y con qué títulos llegas tú á los galos tectósagos para solicitar esa defensa?

— Vengo á ellos como el hermano se acerca á sus hermanos.

— ¿Pues no dices que has atravesado toda la extension de la tierra y la inmensidad de los mares? ¿De dónde vienes? No te comprendo: explícate, pues.

— ¿Para qué? — dijo el guerrero. — Estando aquí Roma, no puedo encontrar ya en este suelo la libertad ni el valor. Hasta la hospitalidad, esa virtud antigua y santa de nuestros padres, debe estar ya proscri-

ta de esta tierra, como lo estarán también nuestra religion y nuestras leyes. Es inútil, por tanto, que yo me detenga más. Dime solamente hacia dónde he de dirigirme para encontrar la morada de Manobal, que es uno de los magistrados de la ciudad de Tolosa.

— Extranjero, ésta que ves es la morada que buscas: puedes entrar en ella y entregarte al descanso. Si mi hijo Manobal ha desertado de la causa de sus hermanos para abrazar la de nuestros enemigos, no ha olvidado, sin embargo, todas las virtudes que he procurado enseñarle, y yo en su nombre te ofrezco la hospitalidad.

Durante este corto diálogo, Dionea no habia apartado su vista del extranjero ni un solo instante. Era aquel hombre tan señaladamente distinto de todos los que ella habia visto, que su atención estaba excitada por una curiosidad infantil y al par por un sentimiento de admiración y de interés.

El guerrero á su vez examinó á la griega, mas no aparentó sorprenderse de su aspecto; despues paseó sus miradas por la fachada de la casa, observó su arquitectura y su fábrica, inclinó tristemente la cabeza, y fué á sentarse al lado de Carrin, murmurando por lo bajo estas palabras:

— Por todas partes los vestigios de su presencia.... ¡por todas partes!